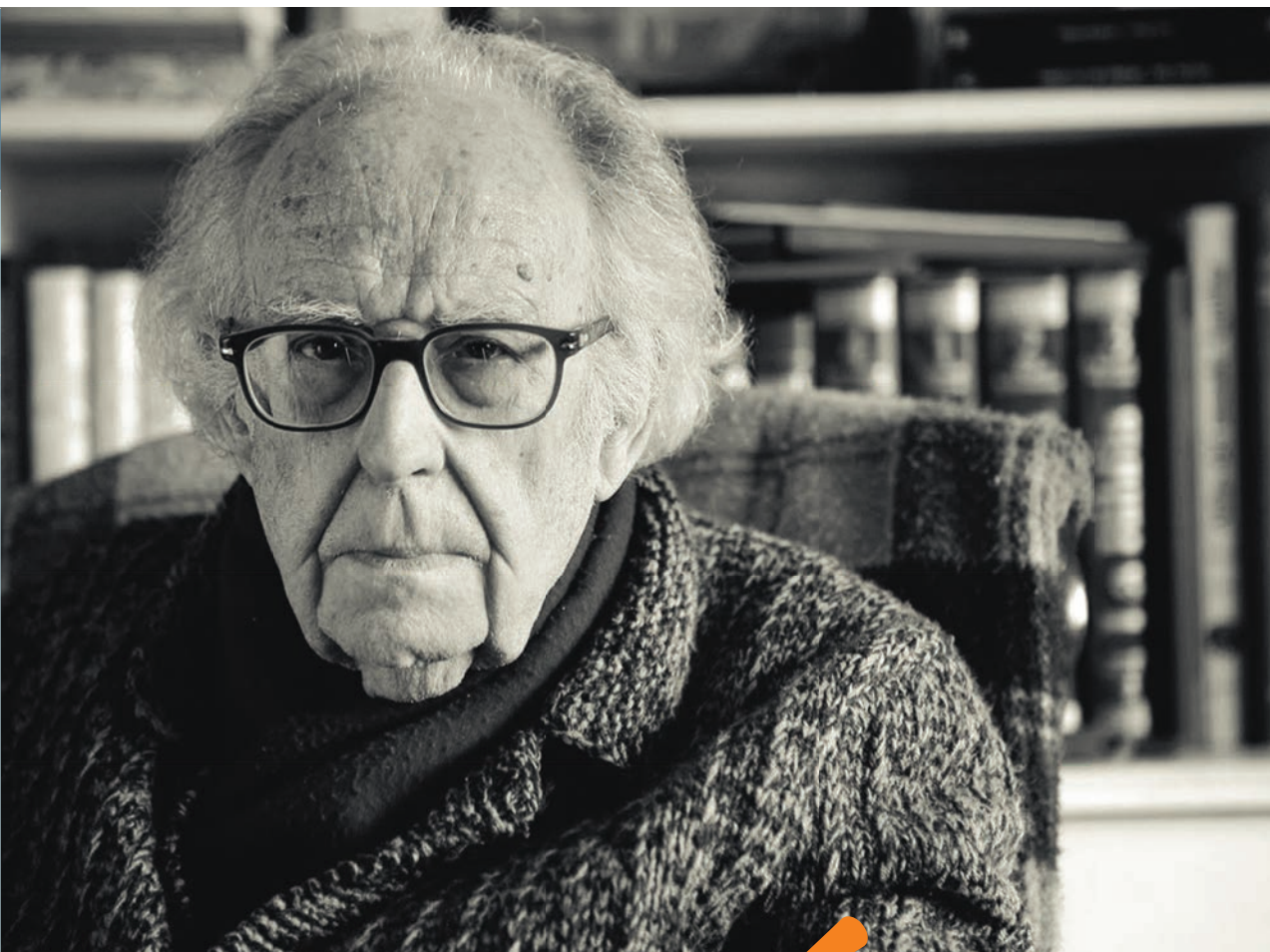


LOS
RAROS

Llucia
Ramis

38

LETRAS LIBRES
AGOSTO 2012



CRISTÓBAL SERRA

LOS GUIÑOS DEL ERMITAÑO

“Recuérdalo bien”, escribe Cristóbal Serra, “quien se aferra a la fama, suele morir infame”. No será su caso. A pesar de que ha recibido reiterados elogios por parte de escritores insignes como Octavio Paz, Juan Perucho, Juan Larrea, José Bergamín o Pere Gimferrer (que en 1985 lo incluyó en su versión de *Los raros*), el autor mallorquín vive aislado no solo geográficamente.

En su obra adquiere un papel fundamental la ironía que inspira al mundo y sus escrituras. La figura de Serra plantea una paradoja: siempre se le ha considerado un raro, cuando no ha sido esta su intención. Evita las extravagancias porque suficiente tiene con centrarse en la literatura. Y ese recogimiento, la sencillez que debería ser propia de cualquiera que se dedique a las letras, es lo que extrañamente lo convierte en alguien inusual, hasta cierto punto un “olvidado”.

De algún modo podría identificarse con Jonás, que, cuando se vio llamado a ser profeta en Nínive, y contra el mandato de Dios, huyó en dirección a Tarsis. Una tempestad hizo que se sacrificara pidiendo que lo lanzaran al mar para calmar la furia divina. Así fue como los marineros se volvieron creyentes. Aquella tormenta frenó la marcha de Jonás y le obligó a misionar entre paganos, en contra de su voluntad.

“La palabra profeta significa ‘uno que se desgañita’ por dar a conocer verdades espirituales”, explicaba Serra durante su discurso de investidura como doctor honoris causa por la Universitat de les Illes Balears, en 2006.

El profeta, en primer lugar, es un hombre religioso y, en segundo lugar, es un científico dotado para predecir o adivinar los acontecimientos. Le califico de científico porque, rigurosamente hablando, sus atisbos no guardan relación alguna con la religión, pero sí sus denuncias. La profecía es pues una especie de apropiación de la historia, es comparable a la previsión de un boletín meteorológico.

Y no hay que confundir la religión con la moral, ni a los místicos con los santurrones.

Añadía también: “Si he escrito tantísimas invenciones quiméricas es porque he creído que, en materia de comunicación, un artista no se mide por el éxito, por la difusión material de su obra. En cambio, he creído que los solitarios, los aislados, son los más auténticos comunicantes.”

Cual eremita urbano, Serra apenas sale de su céntrico piso en Palma. A veces recibe visitas (no siempre tangibles, y no me refiero a las musas) y durante sus conversaciones, rebotantes de cultura, se ríe igual que un niño, con esa picardía que también aparece en sus libros. No le gusta la charlatanería literaria, mucho

menos el peloteo que precede en ciertos ámbitos al reconocimiento. Citando a Emanuel Swedenborg —“que fue tan científico como visionario”—, recuerda que ya dijo que “los eruditos saben mucho menos que los simples”. A sus casi noventa años, Serra lee y escribe para sí. “Prefiero filosofar por mi cuenta a que otro me psicoanalice.” Lejos de quienes consideran que no les queda nada por aprender, él es un sabio todavía capaz de ilusionarse y de la carcajada.

“Tengo escrito en mi parca ‘autobiografía’ que soy de los que, por su timidez, han sido antes traductores que escritores. En mi caso, el primer libro que publiqué no fue creación personal, sino la versión del *Librito del Tao*. Atrevida empresa porque jamás supe chino. A partir de entonces, he escrito siempre como un hombre común y no como un hombre de letras profesional”, cuenta.

Hace unos años se comercializó una camiseta con la caricatura que el historietista Álex Fito hizo de Cristóbal Serra. A su alrededor, los epítetos que la crítica le ha atribuido: micrólogo, asnomaníaco, serpentino, ermitaño, lacedemónico. Mientras que él no sale de casa, la gente lleva por la calle su rostro estampado en la ropa, convirtiéndolo en un icono pop para minorías.

Creador de las *Nótulas* —a las que también llamó cuchiños, volatines, ventoleras, guiños o borrones—, halla en el aforismo la extensión perfecta. “La gran inteligencia es sintetizadora y la pequeña inteligencia es discriminadora”, escribe. Y también: “Cuando la Quimera tiene su nombre, deja de ser quimérica”, “La música del rebuzno carece de contrapunto”, “La muerte es la hiedra de los huesos”. En 2002, Tusquets publicó sus *Efigies*, en las que Serra busca la “sabiduría mínima” y elige a veintiséis autores con quienes comparte semblanzas. Carlos Edmundo de Ory, Heráclito de Éfeso, Ramon Llull, Juan Ramón Jiménez o Chesterton forman parte de una selección en la que la filosofía y la poesía —y tal vez sí, cierta peculiaridad— convergen.

Como cuenta Basilio Baltasar en la introducción de *Ars Quimérica* (donde la desaparecida editorial Bitzoc recogió la obra casi completa de Serra), tres sucesos le convirtieron en lo que es. Por una parte, las secuelas de la Guerra Civil. Por otra, la enfermedad que lo recluyó en su casa del Puerto de Andratx, cuando el Mediterráneo aún era sinónimo de mar y de brisa, y no de turismo, hoteles y apartamentos en la playa. En el aire, flota esa sal mallorquina con la que sazonaría su creación. Allí, anclado en la bahía, descubrió el velero de la acuarelista inglesa y exquisita *madame* Flower, cuya biblioteca saciaría su curiosidad adolescente y le abriría esos caminos literarios que Serra ha recorrido también como profesor y traductor.

Llucia Ramis

40

LETRAS LIBRES
AGOSTO 2012

Biblioteca Parva es un homenaje a sus maestros invisibles. La ocultación de William Blake, Léon Bloy, las visiones de A. K. Emmerick o el diario íntimo de Joubert –la experiencia interior– se complementan con la literatura profética, especialmente del *Libro de Jonás*, víctima de esa ironía que, según Serra, se trasluce también en la figura de Jesús.

Dice:

Me sedujo siempre el Evangelio, porque Jesús predica, pero no nos da nunca una conferencia para agotar el tema. Queda todo un poco péndulo. Usa la paradoja, el proverbio, la hipérbole; esgrime la ironía (como dije), dejando caer más de una pulla.

Si calibramos su enseñanza, vemos que esta no va dirigida solo al intelecto, no puede ser explotada dialécticamente. Como maestro, es el más huidizo de los docentes.

Lao Tse es un pícaro; Chang Tse, un humorista. Escribe: “El más internacional de los pueblos –el judío– es asimismo el más pueblerino.” Jonathan Swift, Melville y Michaux –y cómo no, la *Odisea*, la *Divina Comedia* y el *Quijote*– lo acompañan de algún modo a lo largo de su *Viaje a Cotiledonia*, adonde regresaría con *Retorno a Cotiledonia*, un lugar imaginario que a menudo nos resulta familiar, habitado por furios, bilibús, oniritas, zafacocas y marimondinos. Advierte en el prefacio: “En previsión de posibles malentendidos, aseguro una vez más que he sido huésped de Cotiledonia por espacio de varios años y que allí contraje el mal hábito de dar importancia a las naderías de aquella civilización.” Y en otra ocasión: “La inverosimilitud, que hace posible una narración un tanto fantástica e inofensiva, esconde siempre segundas intenciones.”

Ejemplo de ello se encuentra en las *Fábulas* de La Fontaine o el *Disparatario* de Lear, también hitos del universo de Serra, quien ha escrito sus conversaciones imaginadas con Bernard Shaw y Léon Bloy.

Puedo decir que, en mis creaciones literarias, me he dejado guiar por el Vidente de Patmos y el manifiesto de Kandinsky, que aconseja: “el artista debe ser ciego a las formas ‘reconocidas’ o no ‘reconocidas’, sordo a las enseñanzas y los deseos de su tiempo”. Aunque se haya subrayado que en mis primeros libros (*Péndulo*, *Viaje a Cotiledonia*) hay ecos del surrealismo y del dadaísmo, puedo asegurar que, en los momentos de más subido irracionalismo, estos libros no descartan el ejercicio de un delibe-

rado raciocinio. El logro de un estilo, como toda humana comunicación, no es puro esmero.

Uno de los recursos más llamativos en la obra de Serra es la figura del asno. En su memoria de investigación, Josep M. Nadal Suau apunta que existe una conexión íntima entre la vindicación de este animal manso, fuerte, bíblico y la lectura atenta y desinhibida que Serra hace del gran texto judeocristiano, cuyo resultado es una parodia indirecta del historicismo: “Serra desconfía de la razón, el poder y la historia.”

Leer a Serra es leerlos a todos a través de su ingenuidad solo aparente, que se convierte por escrito en una risa infantil y gamberra –la “divina malicia” de Nietzsche, apunta él– sobre temas, si no inmutables, sí tratados por fin de otra manera: a su manera. Sin ser necesariamente irreverente, encarna la absoluta libertad interpretativa. Y su alejamiento de los cánones es lo que lo hace imprescindible.

No solo Nietzsche aconseja la sal sazoadora. Nada menos que San Pablo, su enemigo dialéctico, y los evangelios sinópticos requieren: “que vuestra conversación sea siempre amena, salpicada de sal, sabiendo responder a cada cual como conviene”.

Esta sal no será confundida con el Espíritu (en mayúscula), que congrega, desgraciadamente, a tiesos, envarados y fúnebres dogmáticos. Se trata de una actividad cerebral que no segrega algo grave y serio, sino humor. Con decir que admite fantasías, locuras, elucubraciones, quimeras, ya está dicho todo.

En estos tiempos en que la contraseña es el utilitarismo, puedo decir que he buscado la salvación en el trabajo inútil e inadvertido, en el sentido taoísta no-calculador.

Leer a Serra sorprende siempre y tal vez su exceso de originalidad le resulte intolerable al lector acomodaticio y, efectivamente, utilitarista. Solo así se explica que se le siga considerando un raro. José Carlos Llop lo definía como “ascético, individualista acérrimo y configurador de un misticismo intransferible, con un único lujo de sociedad –aparte de la inteligencia– que es el humor”. Ahora Llop añadiría que debe de ser un fastidio acabar catalogado de raro: “Tal vez deberíamos darle la vuelta al concepto”, plantea, “¿y si la rara es la cultura española, que no tiene estómago para digerir lo que se sale de la norma?”

No sé si será verdad que nadie es profeta en su tierra. En cualquier caso, lo que está claro es que la tierra de Cristóbal Serra es, sin ninguna duda, la literatura. –

Fragmentos seleccionados

POR CRISTÓBAL SERRA

Mis terrores

A mí, morder la pulpa del membrillo, entre acidulenta y correosa, me produce siempre una especial dentera. Apenas he hincado el diente, la abandono porque, además, la temo. Me da espanto su enorme poder astringente y su sabor paradisíaco me aterroriza, pues me parece que, por ser algo fuera de lo terreno, me está vedado.

Lo que admiro del membrillo es su acidez sin fondo, que ni azúcares ni mieles logran disipar. Hay acideces que no se palían y esta del membrillo es una de ellas. Además, nada menos empalagoso que el membrillo: te deja la boca más limpia y menos áspera que la azarola.

Hay escritores que tienen de membrillo y de azarola y en estos la fragancia jamás es empalagosa.

Cuando te veas encajonado en el burladero de las ideas ajenas, piensa que las tuyas también encajonan.

Conserva tu preciada mala memoria. Si estás tan amnésico, tus razones tendrás. El que vuela y recorre mundos siempre está desmemoriado. Además, si eres flaco de memoria, por qué desalentarte. Con lo que hay por desaprender, noticia más, noticia menos, de poco vale.

Tacha de impertinente todo eso de materialismo e idealismo. Son ganas de enredar el ovillo. Después te salen con Freud, que da pie a todas las desverguenzas que se escriben en los urinarios.

Al acercarnos un melón al oído, nos damos cuenta de que su corazón está bloqueado.

Que los profetas fueron objeto de irrisión no es cosa mía. Después de inferirlo de la lectura de los textos proféticos, vi la idea lisa y llanamente confesada en San Juan de la Cruz. No hago más que transcribir:

“Esto sabían muy bien los profetas, en cuyas manos andaba la palabra de Dios, a los cuales era grande trabajo la profecía acerca del pueblo. Y era causa de que hiciesen mucha risa y mofa de los profetas; tanto, que vino a decir Jeremías: Búrlanse de mí todo el día, todos se mofan y me desprecian porque ya ha mucho que doy voces contra la maldad y les prometo destrucción [...]”

De aquí que adopte el tono entre irónico y profético. Más irónico que profético. Es la primera vez que esto ocurre entre los profetas de Israel. Sarcasmos se dieron entre los profetas, pero esa mezcladilla de desplante y profecía, nunca. A Jonás le estaba reservada esta gloria. Así, nace un personaje insólito: el hebreo que, resistiéndose a ser profeta, tendrá que serlo. Y es más, habrá de ser el desautorizado por antonomasia. ¡Qué paradojas!



La ironía de la vida de Jonás está presente desde la primera página, pero más se acusa a medida que se acerca al final de sus días. La mayor de las ironías que tiene que sufrir es la del veterano –poseedor de un viñedo inexistente– que le arrastra al páramo.

El viñedo lo utilizó con un fin simbólico. Representa la presencia

del poder militar en el campo, del que Jonás no puede escapar.

Los reyes asirios, feroces guerreros, fueron espléndidos y metódicos plantadores. Filas de viñedos equivalen aquí a filas de soldados matavidas. Bien mirado, las plantaciones vitícolas observan una especie de rigor militar.

Lo que Jonás padece en el páramo me lo inspiró un tanto el Libro y otro tanto la tierra mediterránea que me vio nacer. A Jonás le hirió un sol fuerte, ese que hace al hombre delirar. Pero hay más: el viento que se levantó, tan sofocante era, que no podía ser otro que el terrible siroco.

Cuando se ha vivido el verano mediterráneo y el sabor amargo que deja ese viento enloquecedor, que cubre de polvo —personas, casas y árboles— se comprende qué clase de penalidad fue la de Jonás. Encima de que Nínive es perdonada, la naturaleza le maltrata, le envía un sol implacable, su viento solano, y por todo refugio le ofrece un ricino.

Peleas ha habido entre intérpretes por aclarar de una vez si fue ricino o cucurbitácea lo que a Jonás sirvió de amparo. Teniendo en cuenta el matiz irónico de tan escuálidos como grotescos refugios, me quedé con el ricino, porque su irreal sombra es aún más irrisoria que la calabaza agrietada por el sol inmisericorde del mediterráneo.

Tan acabado le imaginé que le hice morir en el páramo. Quién nos dice que no muriera allí después de aquel desvanecimiento y de aquella borrachera de sol que debió de dejarlo inerte.

El Libro no dice que Jonás muriera, pero los comentaristas del Corán

quieren que haya muerto a causa de las penalidades sufridas. El viajero medieval Benjamín de Tudela asegura que en Ashur está la sinagoga que edificara Jonás. Tan rara resulta esta erección que me temo que lo de la sinagoga jonasiana sea pura patraña.



Los onerarios son monógamos por razones económicas. Han convenido, desde lejanos tiempos, que dos hembras son costosas. Arreglado este asunto, la vida doméstica, allá, es una actividad económica como cualquier otra: la mujer es la esclava y la bestia de carga.

Las casadas onerarias son ladinas y por eso inventan enfermedades. Los médicos, en Oneraria, son fáciles de convencer; constituyen un cuerpo facultativo que admite el fraude femenino. Es habitual que una oneraria casada tenga de cuatro a cinco enfermedades reconocidas y aceptadas naturalmente por el ignorante marido.



Augurio Hipocampo sabía que, en el Evangelio, se esquiva la cuestión del sexo, que unos toman en broma y otros en serio. Jesús no había sido como Moisés, ni como Mahoma, ni como la gente moderna que liga más el sexo con la risa que con el humor.

“¿Había sonreído? Es posible que no fuera lo suyo la sonrisa porque esta fue siempre más o menos compañera de la duda. Además, la ironía, al ser cortante, es obstáculo para la sonrisa. En una raza que ha dado tantos profetas, el ingenio por el ingenio no cabe.” Estas palabras de Augurio

Hipocampo, que escuché varias veces de sus labios, subrayaban que, si el lector moderno no era capaz de encontrar el tono irónico en el Evangelio, no sabía leer y menos sabía interpretar.

Los higos son extremadamente venusinos. Se abren como la mujer y, al desmenuzarnos en porciones y cogerlos por el rabillo, la desfloración se produce entre las yemas de nuestros dedos.

El eterno asunto de las relaciones amorosas, con sus conflictos que pueden acabar con ellas, se ha querido zanjar con la institución del matrimonio, para que no se diga que la legalidad no existe. Muy legal será la cosa, pero perfecta y generosa no es, porque en él, a veces, se encuentra todo, menos el amor.

El niño que mama con succiones violentas me hace temer por el sufrido pezón. Mira, te pondré a raya, niño pezonero, y te daré un pedazo de coliflor caliente, para ver si se acaban de una vez los furros de tus labios.

Quiéras que no: la Revolución francesa es hito y también hiato.

Hacer reproches a un muerto es como hacer reproches a una piedra.

Abolengo del Asno

Tuvo que ser la Biblia, a la que el tópico tiene por inagotable, y no sin razón, la que me llevó a conceder al Asno importancia capital. Empecé por descubrir que el Génesis hace

mención expresa del Asno al referirse a la creación de los animales. No dejaba de ser curioso que otros cuadrúpedos, más vistosos y más vanos, no aparecieran mencionados. Me costaba creer, por otra parte, que aquella especial mención fuera deslíz.

Atribuir deslices al libro sacro es irreverencia para los que le tienen el máximo respeto y no constituye escándalo para el incrédulo, que considera que todo libro presuntamente sacro es pura filfa.

Si el Asno estaba tan presente en el Génesis, tenía el sacro autor sus razones y estas no eran otras, para mí, que el carácter cósmico y profético del asno. Me bastaba además contemplar el burro, en su brutal simbolismo, para saber que encarnaba la pura materia, enigma de la creación, objeto de tantas disquisiciones como preguntas. Su lado profético quedaba reforzado por el enlace indudable con la infancia y la apoteosis de Jesús.

Existía entre el misterio bíblico y mi cortedad un profundo divorcio, hasta que se produjo en mí lo que algunos denominan: la *metanoia* [...] El Asno (lo escribo en mayúsculas para darle la dignidad debida) cuenta con una historia portentosa, que no hay nación que la iguale, por mucha hegemonía que haya podido tener. Los imperios, como es sabido, duran a lo más siglos, hasta que se desmoronan, como cualquier casa vieja.

El Asno no ha perdido ni un ápice de su poderío primigenio, pues aún pasea por entre los restos de las civilizaciones calcinadas por los siglos. No hay estampa más adecuada —para dar crédito a lo que afirmo—

que contemplar, en nuestros días, cómo el viejo mediterráneo se enorgullece de montar serenamente sobre su burro [...].

Siempre fui poco dado a la erudición, a la que tuve por pasatiempo de gente apoltronada en el sitial de la cultura. Ahora, advierto su necesidad, si han de escribirse los anales anisinos.

Escribir su accidentada historia es toda una empresa que tiene ante sí el historiador-poeta. Si yo, que no soy lo uno ni lo otro, tuviera

que escribirla, empezaría por hablar de él como animal geórgico y jeroglífico.



Ignorar es el supremo arte de nuestros tiempos.

El sabio no trata entender lo que el ignorante cree que hay que entender. Le asusta al sabio tener que dar explicaciones exactas que el ignorante exige.

Chang Tse es un gran místico, pero esto no es estorbo para que sea un consumado humorista. Juguetón, travieso, como un elfo metafísico, como un punk amante de jugarretas, va haciendo desfilar ante nuestros ojos atónitos los más fantásticos problemas. Lo que propone no es esclarecer, sino iluminar la vida caótica de las cosas. Chuang Tse nos enseña cuán superior es la contemplación de cualquier pensamiento acalorado o avisado. Y nos lo enseña con todo el humor del que es capaz un chino.



Péndulo quiere hacer hablar a un sordomudo.

“La melancolía invencible. Necesito hablar con mudos y con imbeciles. El humo que sale de las chimeneas de las casa y los crepúsculos son lentos, muelles. Se diluyen lentamente como una tristeza que no reposa en nada y gravita. La tristeza atávica en el crepúsculo.” Y le sopla fuerte en una oreja.



Mercurio: —A mí me parece que tu poeta-pintor es Paul Klee.

Facundo: —¡Cuidado con pronunciar este nombre que en alemán significa: alfalfa!

El cronista, que no está seguro de este significado, se hace traer un diccionario alemán y ¡oh! desencanto de Facundo. La palabra *klee* significa trébol. Después de todo, la pifia no es descomunal. Facundo conoce mejor los anales de la Revolución francesa o las guerras de Crimea que los secretos de la flora germánica. —

Seleccionados de:

Diario de signos (Aucadena, 1980, y Olañeta Editores, 2001).

La noche oscura de Jonás (Aloe, 1984).

Viaje a Cotiledonia (Cort, 1965, y Tusquets, 2007).

Augurio Hipocampo (Olañeta Editores, 1994 y 2001).

Con un solo ojo (Universidad de las Islas Baleares, 1986).

Péndulo y otros papeles

(Tusquets, 1975, y Cort, 2008).